

# Música Urbana:

## El fenómeno cultural

CESAR PAGANO

**N**unca antes tuvimos los habitantes de este planeta mayores posibilidades de conocer y disfrutar la música de los más remotos confines; sin embargo —y ésta es la mayor paradoja— tampoco como antes, hubo tantas embestidas exitosas por uniformizar la música de la humanidad.

Imperios sonoros lejanos fabrican la música a la moda y luego la imponen a fuerza de repeticiones cotidianas, estribillos agradables y pegajosos a la memoria, melodías elementales conquistadoras y ritmos de marcha simples y masificadores, acompañados usualmente de juegos de luces e imágenes en video que disfrazan la mediocridad artística.

Contra esta tendencia a homogenizar la música de todos los países según los patrones de Superman, la Thatcher y Renault-Fiffel; es admirable cómo resisten, con fuerza sorprendente, géneros de la música popular latinoamericana.

Mientras las variedades de la música nacional (bambuco, pasillo, torbellino, guabina, joropo, rajaleña) se han quedado cortos para expresarnos y declinan irremediabilmente entre generaciones apáticas; aquellas manifestaciones de otras latitudes vecinas y latinoamericanas (¿extranjeras?) perduran y, si no progresan, por lo menos permanecen.

¿Por qué músicas no originadas en Colombia se han asumido como si fueran tales?

Podríamos ensayar varias explicaciones. América Latina, con todas sus peculiaridades, al final de cuentas es una y, si tiene diferencias, no pesan tanto como las analogías del paisaje, de las condiciones sociales y culturales, de las migraciones y la formación de ciudades, del mestizaje racial y de la lengua española, formidable unificadora de conocimientos, sentimientos y pasiones del ser latinoamericano. Un campesino hispanoamericano que ha trasegado el mestizaje cultural, o un obrero de nuestras ciu-

dades recientes, reclama vehículos expresivos que se parecen mucho: pueblo que oye música en las busetas, en el transistor colgado de un árbol o en las tiendas donde moja su vida en licor y escucha con emoción a Daniel Santos, a José Alfredo Jiménez o Alcy Acosta (perdón a los dos primeros por el acompañante).

Si la síntesis musical salió de tres razas portadoras de culturas principales (negros, indios y españoles) en todos estos países —aunque en diferentes proporciones— tenían que producirse sonidos y temáticas muy semejantes, que los tornarían más accesibles para el hombre raso de Honduras, Chile, México y Colombia. Algo también tiene que significar el coincidental apareamiento en sus perfiles en el siglo pasado, y su florecimiento y organización definitiva en el Siglo XX.

Concordante con el predominio progresivo de las ciudades, las músicas analizadas en estos artículos (salsa, reggae, bolero, tango) son mensajeras urbanas y aún la de carrilera o la ranchera (dos asuntos emparentados, pero diferentes) tienen una temática campesina, pero su mayor consumo es ciudadano.

En el caso colombiano hay un factor singular que favorece además el intercambio cultural, musical y poético. Claro está que somos un país repleto de nacionalistas que lo quieren, pero en pocos países se abren desmesuradamente las puertas (o se quitan para mejorar el acceso) a todo lo que llaman extranjero. El inmigrante no sólo despierta expectativas, sino también simpatías e incluso admiración. No puede compararse al caso de ciertos países donde le preguntan al viajero si está de vacaciones (sonríen) y si va a radicarse, se echan una rabieta contra la invasión extranjera (muestran el puño amenazante).

Y la ciudad se ha convertido en el lugar de encuentro, con enormes problemas, pero también con la ventaja de reunir culturas venidas de

partes insospechadas y entre las cuales se establece un intenso y saludable intercambio. El acceso a la producción de radios, discos, televisión y el bombardeo de los medios de comunicación, permite conocer otros asuntos diferentes a la cultura campesina original.

Las ciudades emiten con sus ondas comunicadoras y los oídos populares atentos a los mensajes que los interpretan y por eso mismo los hacen suyos. Se han roto de hecho los nacionalismos limitantes, que convirtieron por obra nada graciosa de caudillos ambiciosos y desmembraron regiones naturales enteras de América Latina, para parcelar sus anchos feudos después de las guerras independentistas.

Letras repletas de pasión, de cantos al amor, de acendrado machismo, de exaltación a la amistad y al amor materno de recuerdo sublimado de lugares importantes porque allí se nació, o la tragedia del crimen, o del abandonado en "el hospital, la cárcel o el cementerio", o la trova del humor de doble sentido que hace reír a carcajadas por dentro del deseo reprimido. Músicas que han sido recibidas con una apertura y un cariño y un aplauso inusitados.

La música también es informal pero efectivo medio de comunicación, que refleja como ningún arte las pasiones, sentimientos, tragedias muchas, y escasas alegrías comunes, del hombre de la ciudad. El macho mexicano a bordo de su tequila, no es muy diferente del macho colombiano con toda su carga de resentimiento y

aguardiente. La abandonada en Cuba sufre y llora, igual que la panameña o la venezolana. Y el sentido trágico, paísa, oculto detrás de la sonrisa inicial y fácil, tiene su expresión en el tango argentino, resumen de tragedias y síntesis del pesimismo.

Música colombiana pura no existe. Más bien se agota en la medida en que sus temáticas y sus sonoridades resultan desuetas en un mundo que pide cambios armónicos con la nueva vida social.

Si los filandeses han elegido el tango como la música y el baile nacionales ¿Por qué Colombia —más cercana en todo sentido a esta música— no podía degustarla y ASUMIRLA como propia? La soberbia de designarse como "La capital del tango" en Medellín, ya denota cómo esas letras y esas tonadas se transmiten sentida y espontáneamente entre una población que cultiva por igual bambucos, rancheras y boleros.

Cuando Octavio Paz poetiza pesimista que nunca como ahora los hombres somos soledades que se reúnen y que la ciudad se ha ido transformando para convertirse en una sola; el refugio de muchas personas que no pueden hablar con los demás, es el de tener el privilegio —rara vez ingrato— de identificarse con la música, apurar un trago y soltar el pensamiento y la trompada al vecino.

La música en Colombia es de variado y rico acervo, pero la insuficiencia para portar un mensaje o la rutina de los sonidos abrieron posibilidades complementarias a otras creaciones hispanoamericanas que se volvieron naturalmente nuestras y que reinan soberanas en zonas vitales del país.

Cuestión bien diferente a la expansión, es la calidad de lo que se escucha. Nuestras sociedades modernas no admiten el vacío y el silencio (que debe ser un derecho humano). Todo se rellena principalmente con música y se ha creado una necesidad básica tan apremiante que el LP está incluido en la canasta familiar. Pero el espacio sonoro se está copando con cualquier asunto o basura musical, unas veces ruidoso y otras simplemente trivial. Para los medios de comunicación o comercialización, la música es un producto más que puede venderse y muy secundario es el propósito de elevar el nivel cultural de los públicos. Ya no sólo se presenta el caso de emisoras aisladas, donde el programador o el locutor de turno son sobornados para repetir o recomendar un disco hasta que pegue en la gente y las ventas. Ahora la casa disquera debe pagar a la cadena promotora millones de pesos para que ésta se dedique a "imponer"



(esa es la palabra justa) la obra en toda la nación, independiente de sus valores.

A nivel institucional también domina el criterio de que hay que llevar a las comunidades la cultura, el espectáculo, los actos artísticos; antes que proporcionar los medios humanos, educacionales y presupuestales, para impulsar a la misma comunidad para que haga, rehaga o innove la cultura.

Problema nada fácil de resolver: ¿Cómo apreciar la bella música en todas sus épocas y maneras, si no se tiene una educación idónea para ello? ¿Dónde están las organizaciones de consumidores de música que demanden mejores obras? ¿Cómo pretender ideales musicales, cuando los juvenícolos no conocen las obras maestras de la tradición popular, los momentos sublimes de la música?

Por ahí andan a la deriva del oído, generaciones nuevas, donde todo les es dado pasiva y fácilmente: ven películas que les resuman un libro, tienen calculadora o computadora para no operar mentalmente; no tocan ningún instrumento pero pueden programar un ritmo o melodías mecánicas en cualquier horrible aparato electrónico que produce música de acero, plástico y circuito integrado.

Preocupante la tiránica y absolutista escalada de los medios malignos de comunicación, que han logrado pasar de ser un vehículo, medio, o instrumento transmisor, a erigirse en la prioridad absoluta y hacernos creer que son más importantes que los compositores, intérpretes o arreglistas; es decir, que el hombre mismo. De hecho la música existió sin los medios por siglos de la humanidad y ahora cuando debieran mejorar y ampliar su calidad, la mayor parte del tiempo la degeneran.

Los gobernantes de nuestros países se enfrentan mal que bien a lo que creen son las carencias fundamentales de nuestros pueblos (comida, vivienda, salud, etc.), pero delegan irresponsablemente la esfera de las artes y de la música en particular al libre albedrío de la empresa privada, que tiene así carta abierta para cercarnos, bombardearnos con sus notas efímeras, banales, violentas e incansables.

¿Quiénes tienen la inmensa posibilidad y responsabilidad de programar públicamente la música en Colombia? Casi siempre se trata de una persona con escasa cultura universal y musical, que por antigüedad —como si se tratara de la milicia—, asciende en la emisora o en la planta de TV respectiva desde portero, mensajero o secretaria, a radiar con sus selecciones para toda una ciudad, sin criterios de oportunidad,

belleza, conocimiento, variedad. Se parece mucho al círculo establecido por los famosos “programas de complacencias”, donde después de oír lo mismo, los oyentes solicitan repetir esos números casi siempre de música “enlatada” dizque novedosa o la nostalgia de siempre. Programadores con acento agringado que nos presentan los discos calientes de la Madonna o el Jackson, o de otro lado con el gusto estancado —como lamenta el especialista de tango Luciano Londoño— y que por lo tanto no dejan conocer las nuevas producciones vanguardistas, con lo cual atentan contra el futuro del género. Como le dice la ex-sirvienta a su patrono cuando se lo encuentra de nuevo: “Pero Ud. si está más idéntico que antes! ! !”.

Todos estos ensayos confiados a especialistas que debieron tener más tiempo para pensarlos y redactarlos, reflejan más que seguridades, opiniones y conjeturas, que no han podido ser corroboradas por instituciones pues aquí no hay investigaciones serias de la música popular; por ejemplo por zonas, edades y clases sociales, más que para encuestas con fines publicitarios o de expectativas de ventas. Interesante de alguna manera resulta la vivencia narrada de comentaristas musicales con trayectoria como Hernán Restrepo Duque, Jaime Jaramillo, Alvaro Ruiz Hernández o César Pagano y la manifestación de nuevos críticos como Sergio Santana, José Arteaga y Eduardo Arias.

No obstante las condiciones adversas para la buena música, hay también factores que elevan el optimismo, como el trabajo de algunas instituciones por recuperar la memoria popular; encontrar y avivar la identidad cultural colombiana que “debe nutrirse de las raíces, pero no enterrarse con ellas”.

Estimulante también es que la música popular colombiana (la propia o la asumida como tal) tenga ámbitos de dominio con regiones enteras y sin una centralización avasallante. En cada pueblo se disfrutan todavía algunas constantes que pueden mejorarse pero que alientan la tradición popular: un programa de la Sonora Matancera, otro de boleros, de rancheras y alguna vez de tangos o de canciones añejas.

En esta edición no hay elementos para ser rotundos, no puede haber afirmaciones terminantes; son más bien esbozos histórico-críticos para cada género, que informan, alertan y sueltan una que otra propuesta para que el estado y organizaciones a las cuales corresponde por sus fines y dotación, piensen y realicen un verdadero programa cultural donde el pueblo sea el principal protagonista.